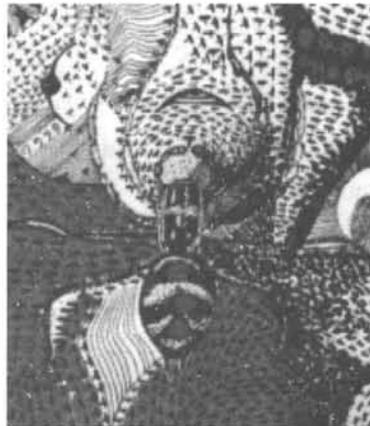
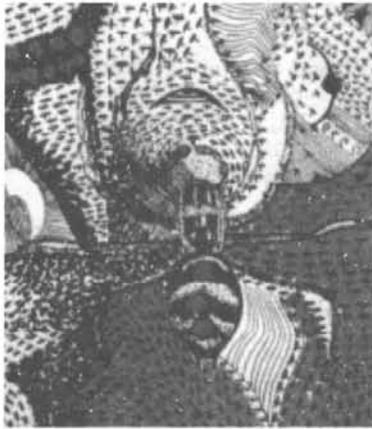


venganzas, muy corrientes en la época de la independencia, y las maneras de que se valían las familias implicadas para restituir la paz. Pero acomodaban de tal modo las historias que al día siguiente aparecían adornadas con profusión de detalles, transpuestos los lugares, culpados los antepasados que nada tuvieron que ver, cambiadas las tramas y adicionadas otras que parecían modernas, cuando no equivocados los desenlaces.

Y como para las generaciones presentes había ocurrido un crimen de verdad después de tanto tiempo, todos invadieron con gran curiosidad el polvo de las calles, enfundados en sus mejores trajes, a una hora en que los

pocos gallos que quedaban en la ciudad todavía no se animaban a cribar la mañana. Ubicados a lo largo de las calles que Conrado y Alirio debían recorrer hacia su casa de El Tejar, en las afueras de la ciudad—barrio de casas construidas a pedazos en la ladera, poblada de molineros, zapateros remendones, carpinteros, herreros, albañiles, sastres y modistas de rostros famélicos y una enorme cantidad de niños desarrapados que hacían y deshacían las calles día y noche con juegos de invento y alharacas—, llevando el cuerpo de su hermano en camilla improvisada con varas de eucalipto y sacas de cáñamo, a cubierto de las miradas bajo una colorada manta de algodón. Los vieron pasar vistiendo los oscuros monos de siempre, vigorosos e imperturbables con sus caras de hollín rielantes de sudor, como si transportaran un pesado pedido de carbonilla. Al verlos desaparecer tras una esquina, la gente se agrupó en una maraña de rumores.



Sin policía, sin jueces y sin presidios, que ninguna falta le habían hecho a la ciudad, tan alegre en su abandono, impelió a varios charlatanes a aventurar conjeturas sobre el rumbo del acontecimiento, y hubo quienes se inclinaron por los reparos de la sangre con la sangre, mientras otros favorecían recorrer mil kilómetros con el asesino y llevar el caso a un tedioso pleito en los tribunales de la capital. Sin embargo, los más entusiastas anticipaban el perdón. Lo hacían, imaginativos, por concederse la alegría de las grandes fiestas que se desatarían una vez resuelta la querrela entre Ampudias y Medinas, tal como habían escuchado que ocurría, en los que se bailaba a ritmo de trompo tres días y tres noches seguidas con acopio ciudadano de maíz tostado y frituras de marrano, habas cocidas y cuyes a granel, en medio de chichas, guarapos y alcoholes, con la secreta esperanza de un desliz al alba que no habría de faltar. Pero lo que nadie discutía era el preludio a las posibilidades barajadas, el recurso obligado según las costumbres, la visita de rigor que la familia del asesino debía a la familia de la víctima en cuanto el cadáver se hallara bajo tierra.

Todo el día la ciudad se movió a media marcha, tomándose tiempo para ojear en casa

de los Ampudia, atestada de bultos de carbón de leña, el rictus postrero de un muerto ultimado a cuchilladas, la mueca que sólo sus deudos pudieron ver. Bañado y ungido con aceites por la mano de su madre, la mala traza de Ignacio Ampudia había desaparecido de su cara. Gestos de falsa condolencia procuraban adivinar la reacción futura de los Ampudia, pero debieron resignarse a circular sus máscaras a la pobre luz de las velas. Con ánimo apenumbado abandonaban el lugar y se dirigían a casa de los Medina, llevados de la curiosidad por saber del asesino. Aquella casa, situada en una esquina del barrio de las serrerías, demolida en sus adobes y vuelta a construir en una sola planta con ladrillos de barro cocido, celosías en las ventanas y antepechos en hierro forjado, había representado para la ciudad, durante mucho tiempo, la orgullosa imagen del progreso. Nadie pudo entrar con su fingida solidaridad a la sala magnífica, salvo los más allegados, ante quienes Medina se dolió de su mala suerte, pues un hijo con las manos tintas de sangre bajo su techo era la peor maldición. Por instantes, al abrir Medina la puerta para que entrara algún amigo, la gente atrapaba su rostro de cera de una noche sin sueño. Algunos se disputaban

•

Después de su muerte, cada vecino relataba por su gusto antiguos hechos de homicidio, violaciones, hurtos, venganzas, muy corrientes en la época de la independencia, y las maneras de que se valían las familias implicadas para restituir la paz

•

por el otro costado el gran portalón que daba al patio, sólo por volver a ver, a través de las rendijas, la máquina que Medina comprara en días recientes, instalada ya bajo el cobertizo. Enormes poleas aguardaban ponerse en movimiento muy pronto para echar por tierra la competencia de las serrerías que trabajaban con tabloneros expertos en el manejo de los serrones traídos por los ingleses a mediados del siglo XIX. La gigantesca sierra sin fin americana había paralizado a la ciudad una jornada entera el día que la trajeron, porque todos querían apreciarla y tocarla, tal como ocurriera cierta vieja ocasión en que un inglés, de paso hacia el Ecuador, les descubrió por vez primera un automóvil...

—Conozco esa historia, en la que todo el mundo, llevados de la emoción de ver en sus narices un carro de verdad circulando su estrépito, echó a perder durante meses las jornadas de trabajo de los habitantes de la ciudad.

—Así es. Y fueron tantos los días perdidos, de manera tan indiferente y alegre, que sólo al ver desaparecer la polvareda definitiva por la vía sur de la ciudad cayeron en la cuenta de la pobreza en que quedaban.

Tarde ya en la noche, cada casa en Atures era un abrevadero de desencantos. Nada anormal había sucedido, sin reacción alguna en los Ampudia, como si Ignacio Ampudia se hubiera muerto de cualquier cosa y no a cuchilladas. Lo anormal fue la pérdida de tiempo, el día a medio trabajar. Ni siquiera pareció extrañar la bullanga que la gente del pacífico armara con fogatas crepusculares a la orilla del riachuelo, donde se danzaba al ritmo de una monocorde salmodia de negros, muy llevados por esa inclinación de orígenes, por ese darse a cantar sus misas de otros mundos cuando alguien de su raza se moría. Pero no siendo el muerto de los suyos, ya se veía que los cánticos no eran por la vida nueva de la víctima, sino por aquel desorden de horas y de

No era incredulidad,
era miedo. Incluso,
hablar de la actitud que
había gobernado la
conducta humana
durante siglos en Atures,
pareció demasiado irreal
al comienzo de una
época en que ingleses y
americanos, empeñados
en trastornarlo todo con
su guerra de
mercaderías, minaban
los hábitos y las buenas
costumbres de la ciudad.

oficios, vagancia de ocasión que a ellos en particular no les venía mal. En algunas casas se agujaron de remordimientos por las horas perdidas, pero luego, unánimes con la ciudad, calentaron con brasas el vientre de las planchas, repasaron los trajes usados ese día, y de nuevo se adelantaron a los gallos del día siguiente.

Bajo un cielo que se despojaba de sus grises, la gente vio partir los dos carros de alquiler tirados por caballos de poca monta, rumbo al cementerio con su carga de deudos, de féretro de madera barata y de unos cuantos que se creyeron obligados a acompañarlos. Más tarde, al volver los Ampudia a su casa, muy pocos

repararon en ellos. La calle de casas de pobres y el potrero que se abría a su término –terreno que los domingos por la mañana oficiaba de campo de fútbol, y de campo de chaza por las tardes– estaban invadidos por una multitud que circulaba muy dicharachera por los puestos de ponches y aguardientes, de chupones de hielo para los niños, de frituras de puerco y mazorcas cocidas que vendedores ambulantes habían instalado sin pérdida de tiempo. Muchos se entretenían en estorbar a los campesinos –habían bajado en romería por los cerros, alentados por la noticia, con pesados fardos de pólvora a la espalda–, ocupados en esos momentos en armar complicados castillos de fuego que se izarían en altos palos de eucalipto ya fijos a tierra, castillos en forma de aves destinados a encenderse en el instante en que la paz consiguiera asomarse después del mediodía.

Un rumor de vientos agitó la muchedumbre cuando los Medina se acercaron a casa de los Ampudia, tras sufrir calles de puertas y ventanas prolijas de sentimientos adversos, reprobación y condena, celos y oscuras alegrías en un decir de “asesinos” “asesinos” con sorna de dientes cariadados. Impecable como un inglés de fotografía, Medina se mostró hermético frente a esa compulsión de abrir y cerrar de curiosos a su paso que él tocaba sin violencia con su pequeña maleta de mano. En cambio, Eliana, con un sastre de paño gris y su esencia de alhucemas que envolvía a los varones, se apresuró a cubrir con el largo velo de mantilla su rostro estragado por la angustia. Embozadas en negros pañolones, varias mujeres surgidas del tumulto desearon suerte a Eliana. “Un hijo, es un hijo”, le dijeron.

Amargado, sin responder al saludo, Leonidas Ampudia cerró la puerta de la calle y condujo a los padres del asesino hasta la cocina inmensa. Allí las paredes espejeaban de negrura en una atmósfera de humo azulada por el recuadro de un tragaluz. Al igual que muchas



familias en Atures, los Ampudia conservaron intacta su cocina, por muy sobradas razones, y siguieron usando la leña y el carbón, porque entonces habían creído morir de angustia si permitían instalar la luz eléctrica en su casa. Sentados en taburetes de madera ante una tabla que hacía de mesa, los Medina descubrieron en ese ámbito de penumbra una lancinante actitud de venganza, una hostilidad que enseguida cobró forma en las manos de Leonidas Ampudia, al dedicarse a aceitar el cañón de una escopeta, mientras observaba consternado a su mujer, afanosa y lloriqueante con dedos de aderezo sobre dos enormes gallos criollos. Desde un exasperante chirrido de piedras de afilar sobre la hoja de los machetes, emergieron de un rincón, como de un hueco profundo, las figuras de Conrado y Alirio, el hollín perenne de sus caras que la mejor lejía nunca podría aclarar.

Medina vio alinearse en la mesa los cuencos de aluminio, opacos y maltrechos, tan deslucidos como la dueña de casa que se acercó y se retiró. La botella de cristal verde relumbró en la penumbra, el líquido cayó en los cuencos con sordo borboteo y luego Medina rasgó con dedos torpes la envoltura de un hatillo de tabacos. A excepción de las mujeres, los

hombres bebieron de golpe, pero los Ampudia lanzaron al piso sonoros salivazos. Leonidas Ampudia aclaró su voz de caverna y dio a saber que no desconocía la costumbre, al señalar que en aquellos tiempos la iniciación hacia el perdón se hacía con cazumbre de caña fermentado. Medina pareció desentenderse de la alusión y del gesto percuciente disparado al piso, volvió a llenar los cuencos y el redoble de escupitajos se elevó sobre un creciente silencio de resquemores. Al tercer trago no lo hicieron más y al sexto lamparazo Medina apareció en el punto de mira de la escopeta. Eliana comenzó a suplicar perdón. No miraban a los hombres sus hermosos ojos oscuros —en los que todavía los hombres de la ciudad creían ver una promesa, una sugerencia de perdición. Seguían la espalda de Lucrecia, atareada con un cucharón de palo, probando sus negros dedos la dureza de un guisante, escuchando por encima del hombro la quebradura de la voz que insistía en hablar del perdón, de la dignidad que alcanzaban las personas que lo otorgaban y de cómo al hacerlo libraban sus corazones de caer en el oprobio. Eliana escuchó como una melodía lejana y olvidada la oquedad de las frases nacidas en su propia boca. No era incredulidad, era miedo. Incluso, hablar de la actitud que había gobernado la conducta humana durante siglos en Atures, pareció demasiado irreal al comienzo de una época en que ingleses y americanos, empeñados en trastornarlo todo con su guerra de mercaderías, minaban los hábitos y las buenas costumbres de la ciudad. Y antes de concluir, ella misma comprobaba la inutilidad del ruego, al ver a Lucrecia inmovible, ojerosa y resignada, servir en platos de esmalte desportillados un espeso caldo humeante del que se elevaban, entre plátanos y tubérculos, una grasienta rabadilla, un pernil fibroso, una pechuga ancorada. Impacientes, los Ampudia despacharon el caldo con sorbos de quemadura. Eliana dejó el suyo sin probar. Detrás de su plato a medio

consumir, Medina invitó a encender los tabacos. También eso sabía Leonidas Ampudia, el humo de los tabacos aneblando y apestando el ambiente, trabajando la reconciliación de las familias. Pero, con decir que ya tenían suficiente con ese polvillo de carbón endureciendo sus pulmones cada día más, se negaron a encenderlos. Medina, que nunca había fumado un cigarrillo, encendió su tabaco con dudosa convicción. De nuevo Eliana se aplicó a implorar perdón.

“¡El perdón!” “¡El perdón!”, rugió Conrado a sus espaldas. Escurriéndose desde su lugar se movió como una sombra. Deslizó una mano por los cabellos ondulantes de la mujer, hizo sentir su miembro en la rígida espalda de la mujer, mientras evocaba la saña con que se hendió la hoja herrumbrosa en el menor de sus hermanos, la demencia de Emilio Medina salpicándose de coágulos cuando ya su víctima tan sólo se movía por el impulso de la hoja al hincarse —la mano se deslizó ahora, tensa y áspera, sobre la cálida redondez de un seno—, y todo a causa de una puta, de su sentina de albañal, en la que Emilio Medina había husmeado por primera vez en su vida y se había enamorado. Eliana emitió un chillido. El tabaco de Medina se deshizo en segundos bajo la suela de su zapato. Con visible nerviosismo apareció, inclinado sobre el maletín, en la mira de la escopeta de Leonidas Ampudia, al tiempo que Conrado se apartaba de un salto. Medina sacó un pequeño cofre de nogal, trabajado por el joven Elcana a la edad de catorce años, antes de largarse y perderse en un caserío de negros junto al Mar de Balboa. Todos en la ciudad conocían esa obra de artífice increíble que ostentaba, por los cuatro costados y la cubierta, la historia de Atures tallada en miniatura, y que era única, pues Medina la había encargado para su mujer, y por eso llevaba su nombre en incrustaciones de nácar. Al abrirlo, joyas de oro puro destellaron con relumbres de ópalos y verdemar, de sangres y lapislázulis, piedras

diminutas engastadas en arabescos por orfebres negros del pacífico. Deshecho el nudo de una cinta de raso verde, un envoltorio reveló doce monedas de plata antigua, heredadas por Medina de sus antepasados y ofrendadas a su mujer el día de sus bodas. Deslumbrado ante las maravillas que se le ofrecían, Leonidas Ampudia apartó los ojos.

“La sangre de mi hijo no tiene precio”, dijo, inseguro. Ignacio Ampudia iba camino de convertirse en un gran artesano de la madera en los talleres de Gregorio Arroyo, y eso tenía un profundo significado para su familia en tiempos en que la llegada de los americanos, en franca competencia con los ingleses, hacían cambiar las maneras y técnicas de los oficios.

“No valen nada, no tienen valor suficiente”, se apresuró Conrado, inconciliable.

“Son veinte años de vida todas esas joyas”, dijo Medina.

Lucrecia, secándose las manos en el delantal desteñido, se acercó a la mesa y permitió que el relumbre de las joyas iluminara su cara marchita. Los dedos artríticos se hundieron en el cofre.

“Saca tus manos de ahí, dijo Conrado, no valen nada esas baratijas”.

Pero ella no se movió.

“Con el cofre incluido”, se animó Medina.

“Acéptalas”, dijo Lucrecia a su marido, retirándose de la mesa.

Leonidas Ampudia se negó. Habló del hijo muerto, de las posibilidades perdidas.

“Y sin embargo, gracias a que la gente procedía con sensatez en el pasado, en casos semejantes no se permitía que la paz se extraviara de ningún modo”, dijo Medina. En aquellos tiempos las afrentas se lavaban no por el valor de las cosas en sí mismas, sino por lo que significaban para quienes las ofrecían, su sagrado vivir dejado en manos de los otros como señal de entrega. Dijo eso como no decir nada, como caída de palabras a un pozo de ecos sin regreso.

“Acéptalas Leo”, insistió Lucrecia. Cada instante parecía envejecerla más. Frenética, sentada a un lado de la hornilla, restregaba con ceniza y agua tibia los trastos del mediodía. Era evidente, más allá del interés por las joyas, la existencia de una secreta intuición, una especie de esperanza o desesperación. “Viviré sin amargura el resto de mis días si esas joyas se quedan aquí en casa”, dijo.

Leonidas Ampudia la ignoró. Colocó a sus pies una docena de cartuchos. Alirio desapareció y reapareció con los gruesos chaquetones de pana que él y su hermano usaban cuando salían de caza en los días que precedían a las grandes lluvias.

Medina vació la botella en los cuencos de aluminio y dijo con expresión de derrota: “Es todo lo que podemos ofrecer”.

“Entonces, no hay nada de que hablar”, dijo Leonidas Ampudia.

Lucrecia emitió un sollozo histérico: “Toma esas joyas, Leo, hazlo por los hijos que aún me quedan”

•

Nadie preguntó nada.
El silencio que se abría
para permitir a los
Medina una rápida
retirada era un certero
silencio de
conclusiones.

•

“No nos mancharemos las manos de sangre”, dijo Alirio. Había permanecido todo el tiempo en silencio y su voz de pájaro gorjeó incoherente. “Le dispararemos desde lejos en cuanto le veamos”, dijo.

Eliana cerró el cofre. Algo le insinuaron las palabras de Leonidas Ampudia, algo que indicaba que no todo estaba concluido. “¿Entonces?”, balbuceó. Captó la rápida mirada de Conrado a su padre. “¿Entonces?” Esperó escuchar lo que ya se sabía, los excesos a los que se acudía cuando los presentes ofrecidos y la visita no lograban el desagravio, y que de todas maneras tampoco conducían al perdón. Pero entre los segundos que transcurrían y la insinuación definitiva aún había esperanza. De nuevo vio a Conrado cruzar a su padre un gesto conminatorio.

“Sólo hay una salida”, se animó Leonidas Ampudia.

“Cuál”, interrogó Medina, incorporándose.

“Díselo”, ordenó Leonidas Ampudia a Conrado. Este observó la máscara de su madre, oscura y tensa.

“La máquina”, dijo Conrado.

“Puedo entregarles también la máquina”, dijo Eliana.

Pero ni Leonidas Ampudia ni sus hijos habían pensado en absoluto en Lucrecia, en que ella hubiera podido sentarse alguna vez en su vida a componer las camisas y los pantalones venidos a menos en una máquina de coser accionada por el impulso cómodo de su pie diminuto sobre el pedal. Y cuando Eliana se sacudió de la sorpresa, dijo con ciega frialdad: “Démosle también esa máquina”.

Medina se descolgó en la penumbra como un pedazo de pergamino. Miró a su mujer con asombro. “¡Imposible!”, dijo. Escuchó al mismo tiempo el restregar furioso de Lucrecia sobre la superficie de la hornilla y la rápida respiración de Leonidas Ampudia. “¡Imposible!”, murmuró.

“Démosle también esa máquina, rogó su mujer, conseguiremos otra”.

Medina debió pensar en la negrura de sus días futuros, y debió maldecir una y otra vez a su hijo homicida. Le había costado demasiado comprar a los americanos esa máquina sin fin. El día que él lograra conseguir otra máquina igual, en el supuesto de que lograra conseguirla, habría perdido tanto terreno que ya no le sería posible coger el ritmo de los eventuales dueños de serrerías dotadas de máquinas sin fin. Y, lo más probable, ya estaría demasiado viejo. “¡Imposible!”, “¡Imposible!”, repitió.

La cocina pareció aclararse de manera inexplicable. Conrado estaba inmóvil, sentado sobre un rimero de sacas vacías, señoreado en la extensión de su rudeza por el hastío, en lucha silenciosa contra la obligación de moverse, de tener que levantarse de ese sitio al anochecer y correr durante horas hasta el alba, atravesar otros días y otras noches, todo el tiempo que fuera necesario para alcanzar el límite del rastro y matar. La voz de su padre, en aparente estado de vergüenza, brotó húmeda y cavernosa con palabras de perentoria vindicación. Alirio guardó los machetes relucientes en las fundas de cuero. Un rugido más veloz que la luz estalló por la puerta de la calle al abrirse. Sentado sobre



las sacas vacías vio a su madre y a Eliana durante unos instantes de mutua consideración sollozante. “Estoy cansado, murmuró, muy cansado”. Luego, el ruido y la luz desaparecieron detrás de la puerta.

La vieja costumbre había perdido vigencia. Sin embargo, algunas cosas insignificantes prevalecieron en esa ocasión: el respeto por el tiempo que el asesino y su familia necesitaban para preparar una última cena, antes de que este emprendiera un viaje sin retorno. En un pesado ambiente de malestar los Ampudia permanecieron inmóviles, aguardando la oscuridad total, el descenso de los vientos desde las montañas, la voz del padre con la orden de partir.

Un silencio enorme se hizo bajo la hiriente luz de la tarde. A quienes aguardaban el momento de la reconciliación para transmitir a lo largo de la calle hasta el potrero el rumor que habría de correr como chispa, trepar los altos eucaliptos decorosos como cucañas prolijas de promesas, y encender contra el cielo las hermosas aves de luces de colores y de humos, les bastó ver el dolor transparentado en el velo de Eliana para comprender que un siglo de buen vivir y morir había concluido de modo irrevocable. Nadie preguntó nada. El silencio que se abría para permitir a los Medina una rápida retirada era un certero silencio de conclusiones. Tras ellos, por calles y recovecos indistintos, la multitud se fue desvaneciendo. Los campesinos se dieron a desmontar, con aires de frustración, los castillos de fuego que habían levantado con tanta diligencia.

En casa de Medina la angustia crecía como una espesa nata invisible, oprimente con el peso de dos muertos. Eliana se había cambiado el traje de paño por una bata oscura de flores violetas. En la cocina cálida y plena de luz, al impulso de mecedoras, Emilio Medina parecía no escuchar la voz de alivio que la abuela invidente dejaba salir con rumiar de habas tostadas. Un estridente alboroto de cuyes se

elevó en el patio. Medina irrumpió con cuatro machos y uno a uno los pasó a la abuela. Las manos de astillas secas de la anciana presionaron la mandíbula de los animales contra el piso, los huesos del cráneo crujieron y un olor a sangre y a desuello envenenó el ambiente. Empalados en delgadas varas de laurel, los cuyes se doraron a fuego de carbón. Por la ventana que daba al patio comenzaba a diluirse el ocre del atardecer y el aire frío golpeó los cristales. Pero la cocina estaba abrigada y olía a grasas y asaduras. Medina, compungido y opaco como un culpable, se sirvió un vaso de licor y bebió.

“Bebe”, invitó a su hijo, sin mirarlo.

Emilio bebió un poco del aguardiente de su padre. Antes de la cena volvió a beber. Salió de la cocina y en algún lugar de la casa el chorro de agua resonó en las baldosas y se asordó enseguida con su cuerpo. Luego regresó con los cabellos húmedos y el miedo restregándose en su cara de muchacho. Había rasurado con esmero su barba incipiente, lucía una camisa de algodón a cuadros y unos pantalones de sarga ingleses en perfecto estado.

“Quiero morir con dignidad”, dijo.

Su madre gimió. La abuela tarareó una canción de cuna. La luz de la bombilla sacaba destellos de ocasión a sus ojos anegados de legañas. Cenaron. Casi no cenaron. A las nueve de la noche, Emilio y su padre volvieron a beber. A las diez, Emilio se cubrió con un saco y la familia lo abrazó.

“Es posible que nunca te alcancen”, dijo su padre.

Emilio se echó en la mecedora. No se mostró deseoso de partir. El licor había logrado un efecto de superficial resignación, pero cuando su padre repitió “ya es hora de partir”, toda su serenidad se abatió. La abuela guardó a tientas, en una bolsa de lana cruda, varias presas de cuy, un cuchillo y un puñado de habas secas.

“Las habas te ayudarán a no pensar”, dijo.

“Corre hacia el sur, dijo su padre. Después del Guátara, si logras atravesar sus aguas antes de que amanezca, a lo mejor nunca te alcanzan”

—Casi tan real la manera como lo ha contado, igual que si usted hubiese vivido parte del día en una casa y parte en la otra, escuchando y presenciando todo.

—Sí. Pero eso no es cierto, también a mí me contaron la historia. Del mismo modo que ahora la cuento, así la escuché del tío Alfredo durante el descanso en una jornada de caza de pájaros con caucheras, cuando yo tenía más o menos tu misma edad.

—Entonces, sucedió...

—Espera, aún no he terminado. Tu abuelo había asistido con Emilio Medina a la misma escuela de menores. El era su amigo. Amparado por la oscuridad, tu abuelo vio a Emilio descolgarse por el muro del patio trasero de la casa, mientras los Ampudia esperaban a prudente distancia ver abrirse la puerta principal. “Te ayudaré a correr un tramo del

camino, dijo tu abuelo, es lo menos que puedo hacer, ayudarte a correr”. Emilio, que se había mostrado inquebrantable ante los suyos, casi se había echado a llorar, pero no lo hizo. Sin decir palabra, palmeó la espalda de tu abuelo y comenzó a correr. Tu abuelo corrió a su lado durante cuatro horas, siempre hacia el sur, subiendo y bajando por entre esas montañas en plena oscuridad, y cuando llevaba una hora de regreso, corriendo menos rápido, desde luego, porque ya estaba solo y no tenía prisa, Conrado y Alirio, empacados en sus gruesos chaquetones de caza, lo detuvieron en el camino.

“¿Hacia dónde se dirige?”, interrogaron..

“Me parece que ha tomado hacia la costa”.

“¡Mientes!”

“Es lo que me parece”, dijo tu abuelo. Pero ellos ya no estaban ahí cuando lo dijo, porque habían cruzado el recodo llevados de su trote paciente y firme hacia el Ecuador, hacia el sur del continente a lo mejor, porque nunca más se les volvió a ver.

hojas Universitarias.....



American Beauty*: una belleza distinta

Adriana del Rocío Hernández
Asistente Vicerrectoría Académica
Universidad Central

Argumento:

“Una película sobre el lado oscuro de una familia americana, y sobre la naturaleza y el precio de la belleza en una cultura americana obsesionada con las apariencias exteriores. Kevin Spacey es Lester Burnham, un hombre de 40 y tantos pasando por una intensa crisis de mediana edad; creció cínico y está convencido de que no tiene razones para seguir adelante. La relación de Lester con su esposa Caroline no es muy amorosa. Mientras la superficial Caroline se esfuerza por dar la imagen de que tiene completo control sobre su vida, en su interior se siente vacía y desesperada. Su adolescente hija Jane está constantemente deprimida, carente de autoestima y convencida de que no es atractiva. Sus problemas no encuentran ayuda por parte de su mejor amiga Ángela, una aspirante a modelo, es bastante bonita y cree que eso es lo único que la hace una persona valiosa. Pero Jane no es la única que se ha dado cuenta que Ángela es atractiva: Lester ha caído en un irrefrenable deseo sexual por ella y ella se vuelve parte de su plan drástico para cambiar su cuerpo y cambiar su vida. Entretanto, en otra parte del mismo barrio, el coronel Fitts ha pasado una vida en el cuerpo de Marines y no

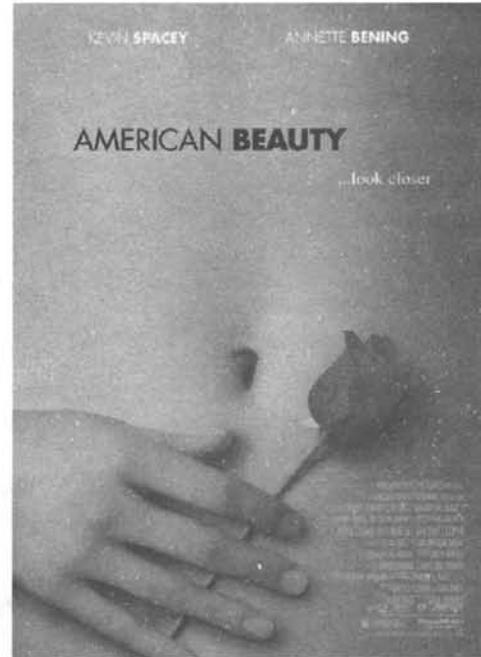


Foto tomada de www.amazon.com/americanbeauty

puede tolerar ni entender otro estilo de vida. Lo cual hace bastante difícil la vida a su hijo Ricky, un aspirante a director de cine y traficante a media jornada, que está obsesionado con la belleza; se dedica a grabar con su cámara todas las cosas bonitas que ve, incluida la hija de Lester”.¹:

*Dirigida por Sam Mendes. Escrita por Alan Ball de la cual James Greemberg: ha afirmado “...The writing and imagery achieve a level of cinematic poetry rarely reached in contemporary films” 1999. Productor: Bruce Cohen y Dan Jinks, Música: Thomas Newman, Duración: 120 min. País: U.S.A. Protagonistas Kevin Spacey ...Lester Burnham... Annette Bening... Carolyn Burnham, Thora Birch... Jane Burnham, Wes Bentley... Ricky Fitts, Mena Suvari ... Angela Hayes, Peter Gallagher... Buddy Kane, Chris Cooper: Colonel Fitts, Allison Janney: Barbara Fitts , Scott Bakula: Jim #1, Sam Robards: Jim #2 ... Barry Del Sherman: Brad.

¹Tomado del sitio <http://members.nbci.com/cine2000/films/beauty.htm>. El sitio oficial de la película en internet es: <http://www.americanbeauty-thefilm.com/>. Los temas musicales de la película son: “Dead Already” de Thomas Newman, “Because” de Elliott Smith, “Free To Go” de The Folk Implosion, “All Right Now” de Free, “The Seeker” de The Who, “Bali Ha'i” de Peggy Lee, “Any Other Name” de Thomas Newman, “Open The Door” de Betty Carter.